



QUAE EST ISTA...? - ¿QUIÉN ES ÉSTA...?

La peregrinación terrena de Nuestra Señora también tuvo fin y llegó el día de su bendito tránsito al Cielo en el que pudo reunirse con su divino Hijo, es decir, su Asunción a los Cielos. Para comprender un poco la belleza de ese tránsito vamos a considerar algunos aspectos.

El cierre del peregrinaje terreno

Aquel que ha considerado atentamente los sublimes esplendores de la Inmaculada, de la Madre de Dios, de la Dolorosa durante toda su vida, hasta llegar al pie de la Cruz y más allá, de la Esposa del Espíritu Santo hasta Pentecostés y más allá, ha podido contemplar excelencias siempre crecientes de gracia, mérito y virtud. Es la “llena de gracia” que, haciendo continuamente fructificar esa plenitud mediante el cumplimiento perfecto de su misión cada vez más ardua, agrega gracia sobre gracia y pasa de “plenitud” a “mayor plenitud”. Al final de su existencia terrena, la Virgen Santísima alcanzó la cima de su camino ascensional de santidad y de amor. Ese camino, que había tocado su punto culmen en

el Calvario, se enriqueció enormemente por todos los ulteriores e inconmensurables méritos del prolongado exilio, vivido para sostener a los apóstoles y a los discípulos de Nuestro Señor.

La ley de la progresividad de la gracia se realizó en María de un modo mucho



más intenso que en los demás santos, siendo inmensamente más grande tanto la gracia misma recibida, como su correspondencia a ella. Si a las puertas de la muerte los santos han sido las obras maestras realizadas por el buen Dios, los frutos maduros de la divina gracia, ¿qué decir de Nuestra Señora al final de su existencia terrena?

Si en los santos el alejamiento de las cosas de esta tierra estuvo siempre marcado por un gran deseo del Cielo y por un muy ardiente palpito de amor, ¿qué deseo y amor habrán encendido en los últimos instantes el Corazón de Nuestra Madre Santísima? La muerte misma debió ser un suavísimo tránsito de amor. Fue la última llamada divina y el último “sí” de María pronunciado con la acos-

tumbrada amorosa plenitud del corazón. Al “fiat”, al “sí” de la renuncia y de la espera, siguió, finalmente, el “sí” de la divina posesión que jamás ha de acabarse: así como había sido para su divino Hijo, así, proporcionalmente, deberá ser para todos los elegidos.

El comienzo de la gloria bendita

La partida de la Inmaculada y el ingreso en el Cielo en cuerpo y alma no sólo la mantuvo en admirable unión activa con su divino Hijo y -en Él- con nosotros, sino que señaló la cumbre de esa unión, tanto por la gloria, como por la maternidad de gracia y de amor. Una vez elevada al Cielo, la Virgen Santísima se sentó coronada al lado del divino Rey, como Reina universal. Así sucedió con Jesús que, sólo luego del dolorido y salvífico itinerario terreno, entró “en su gloria” (Lc 24,26) y se sentó a la diestra de su Padre (Heb 1,3). Por participación, así se dará con todos los elegidos: “al vencedor le haré sentarse conmigo en mi trono, así como Yo vencí y me senté con mi Padre en su trono” (Ap 3,21). Si se da de un modo especial con los apóstoles en razón de su unión con Cristo, así debía ser evidentemente con Nuestra Señora, pero con la excelencia suprema de Reina.

Se ve bien la conveniencia de que ese privilegio le fuese sólo en aquel momento plenamente conferido, ya que sólo entonces el admirable y siempre ascendente camino de sus virtudes y la adquisición de los méritos habían alcanzado la cumbre preestablecida: Ella resplandecía con toda su riqueza de gracia y estaba cubierta por el maravilloso “vestido nupcial” con el cual podía sentarse, cual Reina, en el bendito banquete celestial. El esplendor de su vestido se describe en la visión del Apocalipsis: Ella está “ves-

tida del sol”, tiene una “corona de doce estrellas”, apoya sus pies sobre la “luna”, grandiosos símbolos que exaltan su gloria bajo múltiples aspectos.

La supremacía real sobre todo el universo material está magníficamente representada. En efecto, aquellas cosas que constituyen las maravillas de lo creado -según la apreciación popular-, es decir, el sol que es la máxima de ellas, la luna que es el esplendor de las noches, las estrellas que son el admirable bordado de la luna, sostienen a la Virgen Santísima, la coronan: es el universo material al servicio de la Reina. La gloriosa inmutabilidad del Cielo que sucede a todas las incertidumbres de ésta vida terrena, está indicada por la luna cambiante puesta bajo sus pies virginales. Pero, más que nada, el ilimitado resplandor de la gracia que inunda su alma está de modo sublime representado por el manto solar, ya que verdaderamente Nuestro Señor Jesucristo, “Sol de Justicia”, la reviste plenamente. Esplendor inagotable e inmensamente superior a aquel que cubre a todas las almas benditas, ya que las más santas de éstas almas no están representadas sino por las estrellas de la corona real de Nuestra Señora.

Un “fiat” para siempre

La obra de la Redención es un todo único que comprende dos partes o etapas: la primera, una constitutiva de los méritos redentores, o sea, del tesoro por la adquisición de todas las gracias. Y la segunda, destinada a la aplicación de esos tesoros a cada uno, es decir, una etapa dispensadora de esas gracias. La primera, Nuestro Señor la consumó en la Pasión. La segunda la está cumpliendo en el Cielo. Ahora bien, es claro que, habiendo estado la Corredentora tan estrechamente unida al Redentor en

la primera etapa, no puede no estarle igualmente unida en el Cielo respecto a la segunda. Y así como lo estuvo en toda la primera etapa, así debe estarlo en toda la segunda. Es lo que la constituye verdaderamente en Mediadora de todas las gracias.

Sin embargo, no se piense que una vez terminado para la Virgen Santísima todo dolor, Ella ha interrumpido en el Cielo la línea directiva constante de toda su vida terrena caracterizada por el “fiat” del pleno abandono y de la plena conformidad con el querer divino. ¿No son justamente los santos los ejemplos de la perfecta conformidad con la voluntad del buen Dios? La vida de ellos ¿no realiza, entonces, la perfección del “fiat”? Es por ello que nosotros pedimos continuamente: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. Pero ¡cuánto más perfecto es el celestial “fiat” de Aquella que mucho más profundamente que todos los santos comprende la esencia divina, el divino querer y el Corazón de su Hijo! En el Cielo ese “fiat” se dilata para informar toda su asistencia materna, transformándose en la súplica suprema para que logremos también nosotros caminar en la perfecta conformidad con lo que el buen Dios nos va pidiendo cada día. El “Ave María” que nosotros tan frecuentemente asociamos al “Padre Nuestro” no hace más que suplicar su intercesión para que podamos huir del pecado -“ruega por nosotros pecadores”- y, entonces, realizar la primera suprema petición de la oración al Padre: “hágase tu Voluntad”.

“Fiat” impetratorio, ya sin dolor, pero que se apoya en sus dolores pasados y en los de su Hijo. Así como Nuestro Señor Jesucristo en el Cielo no dejar de presentarle a su Padre sus gloriosas llagas, así también Nuestra Señora recuerda y pre-

senta sus lágrimas maternas de inmenso dolor: son sus gemas preciosas, ganadas durante su peregrinación terrena, pero que han de brillar en la memoria eternamente en el Cielo. Perlas preciosas, grandes como su dolor, resplandecientes como su amor.

Conclusión

El oficio litúrgico de esta hermosísima fiesta se pregunta: *Quae est ista..?*, es decir, “¿Quién es ésta que sube al desierto apoyada sobre su amado... Bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en orden de batalla?” (Cant 8,5-6,10). Y Nuestra Señora, la Inmaculada, la Dolorosa, la Madre de Dios, asunta al Cielo y coronada como Reina de todos los ángeles, de todas las vírgenes, mártires y confesores, despliega su manto maternal y dirigiendo su tierna mirada hacia nosotros, sus pequeños hijos, contemplando nuestra temerosa pero valiente lucha, nos responde, con humildad y profundo amor: *Quién es ésta? Soy Yo, tu buena Madre del Cielo*, “No se turbe tu corazón, no estoy yo aquí que soy tu Madre”. Fiesta lindísima en la que Nuestra Señora nos grita desde el Cielo aquella pregunta y respuesta que debe retumbar en nuestros corazones cada día de nuestra peregrinación terrena: “¿A dónde vamos? ¡Al Cielo!”

Queridos fieles, que estas palabras del P. Landucci nos ayuden a mantener la mirada en el Cielo, desde donde Nuestra Señora ahora ejerce de modo pleno su maternidad sobre nosotros, sus pequeñas ovejitas.

En Cristo y María,

P. Guiscafré Musalem

Del 11 al 25 de Agosto de 2019		N.º S.ª de Guadalupe	Mínimas
Verde 2ª Clase	11: Domingo, IX después de Pentecostés	09:00 Misa Rezada 11:00 Misa Cantada 19:00 Misa Rezada	08:00 Misa Cantada
Blanco 3ª Clase	12: Lunes, Santa Clara, Vr.	19:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Verde 4ª Clase	13: Martes, De la feria <i>En CDMX San Hipólito y Casiano, Mrs. 1ª Clase, Rojo.</i>	19:00 Misa Cantada	07:30 Misa Cantada
Morado 2ª Clase	14: Miércoles, Vigilia de la Asunción <i>San Eusevio, Cf.</i>	19:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Blanco 1ª Clase	15: Jueves, Asunción de la Santísima Virgen María	19:00 Misa Cantada	07:30 Misa Cantada
Blanco 2ª Clase	16: Viernes, San Joaquín, Padre de la Santísima Virgen María	19:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Blanco 3ª Clase	17: Sábado, San Jacinto, Cf.	10:00 Junta con Papás de SAS 19:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Verde 2ª Clase	18: Domingo X después de Pentecostés	09:00 Misa Rezada 11:00 Misa Cantada 19:00 Misa Rezada	08:00 Misa Cantada
Blanco 3ª Clase	19: Lunes, San Juan Eudes, Cf.	19:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Blanco 3ª Clase	20: Martes, San Bernardo, Abad y Dr.	19:00 Misa Rezada 20:00 Tercera Orden	07:30 Misa Rezada
Blanco 3ª Clase	21: Miércoles, Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, Viuda	19:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Blanco 2ª Clase	22: Jueves, Inmaculado Corazón de María <i>Santos Timoteo, Hipólito y Sinforanio, Mrs.</i>	19:00 Misa Cantada	07:30 Misa Cantada
Blanco 3ª Clase	23: Viernes, San Felipe Benicio, Cf.	19:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Rojo 2ª Clase	24: Sábado, San Bartolomé, Apostol	19:00 Misa Rezada	07:30 Misa Rezada
Verde 2ª Clase	25: Domingo, XI después de Pentecostés	09:00 Misa Rezada 11:00 Misa Cantada 19:00 Misa Rezada	08:00 Misa Cantada

Confesiones: Lunes a sábado de 18:30 a 18:50

Domingo y fiestas de precepto durante las misas de 08:00, 09:00, 11:00 y 19:00.

Santo Rosario: Lunes a sábado a las 18:30. Domingo y fiestas de precepto a las 10:30.